

PENTECOSTES

I — EL SENTIDO DE PENTECOSTES

Entre nosotros, la fiesta de Pentecostés se llama *Ansarat*¹. Etimológicamente, esta palabra significa "reunirse". Con razón, pues, ha sido escogida por la Iglesia para designar esta fiesta. Este día, la asamblea de los discípulos, puesta en presencia del Espíritu Santo, recibió de El una santificación permanente. Esta asamblea, así santificada, se convirtió en la Iglesia, la cual, desde entonces hasta el presente, jamás ha sido abandonada por el Espíritu Santo.

Es natural, entonces, que la Iglesia guste celebrar Pentecostés solemnemente, ya que se trata de su propia fiesta. En esta conmemoración de su propio aniversario, no se olvida de asociarse a la oración de la Iglesia triunfante, su hermana del cielo. Ofrece entonces abundancia de incienso y eleva reiteradas plegarias por las almas de los difuntos a guisa de comunión perpetua y de intercesión recíproca². Ella encuentra en esto la mejor celebración de su fiesta.

En el libro del Génesis leemos cómo Dios crea el hombre a partir del

1. La palabra "*ansarat*" es de origen hebreo puro. Ni arameo ni siríaco. En el hebreo moderno se emplea exactamente en el mismo sentido que en el hebreo antiguo. Su raíz es '*assar-ansarat-assarét*'. '*Assar*' significa "reunirse", porque el día de '*ansarat*' uno se reúne para celebrar esta fiesta. Tiene también el significado de "prohibir", "abstenerse", porque, en efecto, siendo día santo, está prohibido trabajar en él. Entre los judíos se le llama "la fiesta de las semanas", o "de la cosecha" o de "Pentecostés".
2. Alusión al Oficio "de la prosternación" que se celebra en la Iglesia copta, como en el resto del Oriente Cristiano, en la vigilia de Pentecostés y se caracteriza por numerosas postraciones en favor de los difuntos.

polvo de la tierra. Lo crea a Su imagen y semejanza y le insufla un aliento de vida. La narración de la caída del hombre a causa de la desobediencia, de su derrota ante el mal y el pecado y de la aplicación de la sentencia de muerte a su condición humana, es rica en misterios profundos. Sabemos, al menos, que el primer hombre no engendra su descendencia antes de recibir la muerte en su ser, después del pecado. Todos los hijos de Adán nacen en el pecado y por el pecado mueren.

Fue así hasta el advenimiento del Mesías, el cual salva nuestra raza del pecado y de la muerte: "el mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia" (1 P 2,24). Cristo, cuando muere, nos libra del decreto de muerte, porque "su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre" (Rm 6,10). Así nuestra naturaleza humana volvió a ser libre. Con todo, continúa necesitando una fuerza nueva que la conserve y una nueva acción divina que la eleve a la vida de unión con Dios "para vivir ya, el tiempo que le quede en la carne, no según las pasiones humanas, sino según la voluntad de Dios" (1 P 4,2).

Cincuenta días después de la muerte y resurrección del Señor, la naturaleza humana recibe visiblemente esta fuerza espiritual nueva: el Espíritu Santo desciende abiertamente sobre los discípulos, con estruendo grande y fuerza invadente. Al penetrar y colmar la naturaleza humana, la regenera y fortalece, elevando su nivel espiritual por un poder maravilloso y sobrenatural que admira a quienes son testigos de ese día grande y eterno.

El día de Pentecostés, se da un nuevo acto creador en la naturaleza del hombre. Sus efectos se manifiestan en el comportamiento, capacidad, lenguaje, mentalidad y ciencia de los discípulos. Los príncipes de los sacerdotes y los gobernantes quedan desconcertados. Sin embargo, este cambio brusco y decisivo no se limita a los discípulos. Lo más maravilloso es que se trasmite a todo el que cree, haciéndose bautizar y recibiendo la imposición de las manos. Es así evidente que la efusión del Espíritu Santo sobre los discípulos completa la obra de la primera creación. El día de Pentecostés está estrechamente ligado al sexto día del libro del Génesis, día de la creación del hombre.

Desde este ángulo, Pentecostés es, para los discípulos, un nuevo nacimiento, en una nueva naturaleza creada por Cristo en su propia carne, por su muerte, su resurrección y la acción del Espíritu Santo. Cuando meditamos la forma en que se cumple este nuevo acto creador, nos sorprendemos de constatar que no tiene lugar de manera individual —cómo la primera creación de Adán— sino que tiene por objeto los discípulos reunidos "con algunas mujeres y María, la Madre de Jesús" (Hch 1,14) en el recogimiento de la oración. La naturaleza humana recibe su nueva creación espiritual *in Ecclesia*.

Esto significa que el nacimiento del Hombre Nuevo está subyacente en el nacimiento de la Iglesia. Por consiguiente, la nueva naturaleza del hom-

bre comprende, en su misma esencia, un lazo vivo y una relación estrecha con la Iglesia. No hay individualismo en la nueva creación. De la Iglesia recibimos la naturaleza del Hombre Nuevo. Fuera de la Iglesia nadie puede nacer del agua y del Espíritu y llegar a ser una nueva creatura en Cristo Jesús.

Pentecostés es, entonces, la fiesta de la Iglesia. Su cumpleaños. El nacimiento de la Iglesia no es un acontecimiento pasado. Es un misterio siempre vivo de comunión con la naturaleza del Espíritu Santo. Vivimos por el nacimiento de nuestra Iglesia. Vivimos en su nueva naturaleza unida a Cristo y al Espíritu. Pentecostés es la fiesta de la vida según el Espíritu, para aquellos que verdaderamente viven en Cristo.

LOS SIGNOS DE PENTECOSTES

En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo se manifiesta bajo dos aspectos: como violento golpe de viento y a la manera de lenguas "como de fuego".

"Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso y llenó toda la casa en que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos" (*Hch* 2,1-3).

Significación teológica del viento

Tanto en griego como en hebreo, una misma palabra designa al viento y al espíritu. La relación entre ambos conceptos no se limita a una simple asociación de términos. De la conversación de Cristo con Nicodemo (*Jn* 3) queda evidenciado que la acción del Espíritu es comparable a la del viento en lo que concierne al nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu: "El viento sopla donde quiere, escuchas su voz pero no sabes ni de donde viene ni a donde va. Así es todo el que nace del Espíritu".

Más aún, constatamos que las teofanías divinas están acompañadas frecuentemente, de un violento golpe de viento. Leemos por ejemplo en el libro de Job: "Yahveh respondió a Job desde el seno de la tempestad" (*Jb* 38,1) y en el Salmo 50: "Viene nuestro Dios y no se callará. Delante de él, un fuego que devora, en torno a él violenta tempestad" (50,3 hebreo). El profeta Nahúm dice: "En la tempestad y el huracán (Yahveh) camina" (1,3).

Moisés y su pueblo se llenan de temor cuando Dios les habla "de en medio del fuego, la nube y la densa niebla" (*Dt* 5,22). Tampoco Elías llega a la

presencia de Dios si no es después de atravesar un viento violento: "Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh" (1 R. 19,11).

En el libro de Ezequiel encontramos la acción del Espíritu asimilada a la del viento por una terminología común que manifiesta la afinidad teológica de los conceptos: "El me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre. Dirás al espíritu: Así dice el Señor Yahveh: Ven, espíritu de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan" (Ez 37,9).

Aunque soplar pertenece a la naturaleza del viento, ésta acción está aquí atribuida al Espíritu.

Podemos, así, tener una idea sobre el sentido teológico de la ráfaga de viento que acompaña al Espíritu Santo en el momento de su efusión, el día de Pentecostés. Signo de la presencia divina, manifiesta la divinidad del Espíritu Santo, sobre todo del hecho que narra la Escritura: "De repente vino del cielo un ruido tal como el de un violento golpe de viento".

Se trata de un viento celeste preexistente. Más adelante leemos que llena toda la casa y luego a cuantos allí se encuentran. Es un Espíritu que colma el tiempo, el espacio y el ser. Sólo Dios puede colmar el tiempo, el espacio y el ser. Así, en este viento celeste presente en el espacio que colma el mundo entero, vemos una teofanía pero de un género nuevo; porque, aunque en el Antiguo Testamento encontramos algunos casos individuales de descenso del Espíritu Santo, no se trata más que de una efusión provisoria y limitada. No puede obrar sobre la naturaleza humana de modo colectivo y generador, como en el caso de Pentecostés. Los apóstoles comunican la gracia que reciben a cuantos ellos bautizan e imponen las manos. El día de Pentecostés el Espíritu puede penetrar en los apóstoles y colmarlos, como el viento colma el espacio, porque la barrera del pecado que separaba la naturaleza humana de la acción del Espíritu Santo, acaba de ser destruida por Cristo, para siempre jamás.

Significación teológica del fuego

Si retornamos a los textos de los cuales ya hemos hablado a propósito de la presencia de Dios en el viento violento, advertimos que él está siempre acompañado de fuego; de modo que las lenguas ígneas que lo acompañaron no carecen de importancia teológica.

Constatamos además, que el fuego expresa con mayor fuerza ciertos aspectos de la naturaleza de Dios. Se ha podido decir: "Nuestro Dios es un fuego devorador" (Hb 12,29), y en la zarza ardiente encontramos una manifestación directa de la presencia de Dios. La tradición nos enseña, en verdad, que ese fuego manifiesta las propiedades de la *naturaleza divina*.

Si añadimos la presencia de Dios en la columna de fuego, por la noche,

en el campo israelita; la respuesta del Señor descendiendo del cielo como fuego sobre los sacrificios agradables y la presencia de Dios en forma de fuego sobre el templo de Salomón en el día de su consagración, nos encontramos mejor informados sobre las lenguas ígneas divididas, que aparecen el día de Pentecostés: ellas manifiestan la acción de la naturaleza divina en ese día y el hecho mismo indica la naturaleza ígnea del Espíritu.

Mientras los discípulos, reunidos en el recogimiento y la oración, ofrecen sacrificios de gratitud, frutos de labios que confiesan la gracia del Señor Jesús, la respuesta del Señor descendiendo del cielo, como otrora sobre los sacrificios agradables, bajo la forma de fuego que se posa sobre cada uno de ellos.

En los tiempos antiguos, el fuego divino consumaba enteramente el sacrificio, porque la víctima llevaba los pecados de aquel que la ofrecía. El fuego de Pentecostés no abrasa a los discípulos porque el Señor ya ha cargado con sus pecados en su cuerpo, sobre el leño de la cruz. El fuego de Pentecostés tiene por misión iluminar y purificar. Encuentra a los discípulos reunidos en el nombre del Señor, preparados para recibir la verdad y se posa sobre cada uno como lengua ígnea. Ella significa el conocimiento y la confesión de la verdad: "Cuando venga El, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad completa" (*Jn* 16,13).

Vimos, anteriormente, que el viento ha llenado todo el espacio y a aquellos que allí se encuentran. Esto significa la acción homogénea de Dios, en la única naturaleza humana. En cuanto al fuego divino, lo vemos dividirse y repartirse sobre cada uno en particular, simbolizando así la distribución de los carismas según la personal medida de inteligencia y fe. Mientras que la naturaleza humana es igualmente renovada, los carismas son variablemente repartidos con distinción y desigualdad.

No podemos limitar el simbolismo del fuego del Espíritu Santo a su facultad de iluminar por el conocimiento de la verdad. En las lenguas de fuego posadas sobre los discípulos encontramos todavía la manifestación del *ardiente amor* (cf. *Rm* 5,5) derramado en el corazón de los discípulos y la efusión del espíritu de celo abrasador por Dios: "El celo de tu casa me devora" (*Sal* 69,10 hebreo). En esto vemos también la toma de posesión por el fuego divino de toda la naturaleza racional del hombre que El ha encendido para que ella se transforme en un sacrificio vivo, espiritual y siempre ardiente: "Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinados al matadero" (*Rm* 8,36).

El fuego de Pentecostés es el fuego de Dios; de verdad ilumina el pensamiento de la Iglesia y abrasa de amor divino, celo y entrega el corazón del Hombre Nuevo. El día de Pentecostés, la naturaleza humana de la Iglesia se hace partícipe de la naturaleza ígnea de Dios y de esta naturaleza nace el Hombre Nuevo. El día de Pentecostés la Iglesia recibe el Fuego de Dios. Es-

te Fuego la torna fecunda y santa y su efecto continúa hasta el presente en cuantos nacen de la Iglesia. No tenemos necesidad de nuevas lenguas de fuego, como en el día de Pentecostés porque no somos la madre sino los hijos; no somos una naturaleza que engendra sino una naturaleza engendrada. La Iglesia es la madre y su naturaleza es generadora. Es uná madre espiritual que Cristo ha creado y manifestado al mundo por su encarnación y que El vuelve fecunda por el Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Ahora ella engendra hijos santificados, sacados de su propia naturaleza "santa", fecunda por el Fuego de Dios: "Pues su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad,...para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina" (2 P 1,3,4). El Fuego de Pentecostés es un aspecto del divino poder; es una fuerza sobrenatural que viene de Dios para santificar al hombre.

La santificación consiste en la participación de la naturaleza de Dios; "Participantes de la naturaleza divina", "Seréis santos como santo soy Yo," (1 P 1,16). Al nivel de la naturaleza de Dios, la santificación es un acto de fuego y sabemos que, en la Trinidad, ello es competencia del Espíritu Santo. El Espíritu Santo santifica. El Espíritu Santo santificó las entrañas de la Virgen para que Cristo allí tomara forma y naciera. Igualmente, el día de Pentecostés, El santifica la naturaleza humana en tanto que Iglesia, para que el Hombre Nuevo según Jesucristo allí se forme y nazca.

Nacemos, pues, de una Iglesia santificada "en el Fuego de Dios", por el Espíritu Santo. ¿No es esto el cumplimiento de lo que se nos prometió: "El os bautizará en Espíritu Santo y Fuego?" (Mt 3,11). Cuando ahora nos hacemos bautizar en la Iglesia, nacemos santificados, porque nuestra Iglesia es "santa". ¿Acaso no es ese su título primero, el ser: una Iglesia santa y católica? La Iglesia ha sido bautizada en Espíritu Santo y Fuego; en cuanto a nosotros, nacemos de su bautismo "del agua y del Espíritu" (Jn 3,5).

El fuego quemá y destruye toda vida terrestre. Así, unido al Espíritu —el Espíritu Santo y Fuego— el Fuego indica, necesariamente, una vida puramente divina, despojada de todo lo terrestre. Tal es la naturaleza de la Iglesia, divina en toda cosa, en el pleno sentido de la palabra. Inmortal.

En cuanto al agua, es ella la que da vida a todo lo que está sobre la tierra. Nada sobre la tierra puede vivir sin ella. Unida al Espíritu indica una vida humana sobre la tierra, pero según Dios. Tal es la naturaleza de quien nace de la Iglesia: vive sobre la tierra pero sigue una conducta "no según la carne, sino según el Espíritu" (Rm 8,4).

LA PERSONA DE PENTECOSTES

La persona del Espíritu Santo

“Cuando venga el Espíritu Santo que Yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre, El dará testimonio de Mí” (Jn. 15, 26).

En el Antiguo Testamento encontramos casos individuales y ocasionales de efusión del “Espíritu del Señor” (Is. 11, 2; 6, 11), cuando descendía sobre los profetas y hablaba con ellos. No se trataba de una efusión hipostática, sino de una fuerza que develaba el presente y el futuro y confería, solamente, el don de profecía. En el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo no manifestaba una acción evidente y durable sobre la naturaleza humana. Pero, a partir de Pentecostés, desciende con todas sus gracias y dones. Desciende personalmente, en tanto que Espíritu vivificador y consolador, invitando a la penitencia. En el Antiguo Testamento se lo llamaba “el Espíritu del Señor”. Pero en el día de Pentecostés se manifiesta claramente en su hipótesis distinta, “el Espíritu Santo”, y en su atributo propio de “Paráclito” (= Consolador).

En su Tratado sobre el Espíritu Santo, san Basilio lo representa así: “Espíritu Santo es por excelencia su nombre propio, el del ser más incorporeal, el más puramente inmaterial y el más simple... El es fuente de santificación”³. En cuanto a la calificación de Paráclito que significa Consolador, san Basilio dice: “Se lo llama Paráclito como al Hijo se lo llama Unigénito, según la palabra de Este último: ‘Oraré a mi Padre y El os enviará otro Consolador’”⁴.

Constatamos que la acción del Espíritu Santo y la manifestación de su persona distinta, comenzó antes de Pentecostés. Leemos que descendió sobre la Virgen, personalmente, para que ella concibiese en su seno al Hijo encarnado. Luego lo encontramos en el bautismo del Señor, en el Jordán, cuando descendió sobre El, por la unción, con miras a su próximo ministerio. Y es El quien resucita al Señor de entre los muertos. Así descubrimos la estrecha relación entre el Espíritu Santo y Cristo. Tanto otrora, en las profecías, como posteriormente, en la natividad, bautismo y resurrección, vemos siempre que el Espíritu Santo proclamó a Cristo.

Sin embargo, no hemos recibido el Espíritu Santo en Pentecostés para ser consolados por El en lugar de Cristo. Al contrario. Viene para dar testimonio y prepararnos para unimos a El. En éste sentido continúa su obrar y jamás

3. *Traité du Saint-Esprit*, IX, éd. Pruche (S. Chr. 17), p. 145.

4. *Ibid.*, XIX, p. 200.

dejará de hacerlo: "para que esté con vosotros para siempre" (*Jn. 14,16*). "No hablará por su cuenta... El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros" (*Jn 16,13. 14*):

La meta del Espíritu Santo es, entonces, el hacernos conocer a Cristo, de la misma manera como la meta de Cristo es llevarnos al conocimiento del Padre. Así como "nadie va al Padre sino por Mí" (Cristo) (*Jn. 14,6*), "nadie puede decir: ¡Jesús es Señor! sino por influjo del Espíritu Santo" (*1 Co 12,13*).

El Espíritu Santo no actúa separadamente de Cristo. Por el contrario, obra en nosotros a fin de que nuestro Hombre Nuevo lleve "las señales de Jesús" (*Ga 6,17*) y para que Cristo sea "nuestra vida" (*Col 3,4*) y tengamos "la mente de Cristo" (*1 Co 2,16*) y "Cristo habite por la fe en nuestros corazones" (*Ef 3,17*). Para que seamos, en fin, "miembros de su cuerpo" (*Ef 5,30*), salidos de su carne y de sus huesos. Cristo es la meta del Espíritu Santo en nosotros. Testimoniarlo en nuestro interior y hacernos sus testigos ante el Padre, santificarnos en Cristo y por Cristo presentarnos al Padre; por esto, y solo por esto, Cristo lo envía de junto, al Padre.

El Espíritu Santo, tercera persona de la Trinidad, es el Señor vivificante. Lo amamos y lo adoramos en su persona, unido al Padre y al Hijo. Un solo Dios.

Como dijimos, El es la persona de Pentecostés. La persona que es manifestada el día de Pentecostés con todo su esplendor, luz y majestad. El es el Espíritu de Verdad que nos enseña a adorar en Espíritu y en verdad. Así la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, prevé que las oraciones de Pentecostés, sean recitadas mientras todos se postran, adorantes. "Llega la hora (y ya estamos en ella), en que, los adoradores verdaderos, adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y en verdad" (*Jn. 4,23-24*). El mundo entero adora a Dios, pero son raros los que lo adoran en espíritu y en verdad. La Iglesia festeja Pentecostés postrada y en actitud adorante en honor del Espíritu que nos ha enseñado la Verdad. Pentecostés es la fiesta de la adoración de Dios en espíritu y en verdad.

El envío del Espíritu Santo a la Iglesia

La Iglesia se manifestó por primera vez en la encarnación del Verbo. La unión de Dios y la humanidad es el prototipo, el sentido profundo y la realidad plena de la Iglesia —ámbito de Dios con los hombres—. Así, la manifestación de Dios en cuerpo humano, fue la primera manifestación de la Iglesia y la actualización de su existencia sobre la tierra. El Espíritu Santo, fue el agente de esta unión misteriosa entre lo divino y lo humano, Como nos lo en-

seña la santa Tradición: la Virgen llevó en sí misma el fuego de la divinidad, como la zarza ardiente había llevado el fuego de Dios y fue enteramente inflamada sin consumirse, "porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo" (Mt. 1,20).

Si, desde el punto de vista de la teología eclesial, consideramos a Cristo nacido de la Virgen, adquirimos la certeza que El mismo es la Iglesia en su significación del todo divina. Es bien evidente que el divino cuerpo de Cristo es, él mismo, la Iglesia: "Bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia; que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo" (Ef 1,22-23). La unión con la Iglesia significa, entonces, sin duda, la unión con el cuerpo divino. No podemos unirnos al cuerpo divino si no es por la intercesión del Espíritu Santo y esta unión se realiza, sólo, por la acción de la fe. He aquí por qué ella se obra de modo secreto y no de manera visible y sensible. Es necesaria la venida del Espíritu Santo para que se realice nuestra unión con la Iglesia; como es necesaria la ausencia del cuerpo visible de Cristo para que esta unión llegue a su plenitud por la fe. Ahora comprendemos mejor la palabra de Cristo: "Os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito, pero si me voy, os lo enviaré" (Jn 16,7).

En verdad, es justo y razonable que el Espíritu Santo no viniera a formar la nueva Iglesia Universal mientras la Unica Iglesia —el cuerpo del Señor Jesús— todavía estaba en la tierra de manera visible. Era necesario que partiera Cristo con su cuerpo visible y su persona consoladora y nos enviara otro consolador igual a El, el Espíritu Santo —"Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre" (Jn 14,16)— para que, por su intermedio, El hiciera de su Cuerpo divino y místico, la Iglesia universal.

II.— EL MISTERIO DE PENTECOSTES

Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre los discípulos, una renovación manifiesta aconteció en la naturaleza de ellos. Hasta podemos decir que cambió radicalmente de propiedades. Eran algo nuevo o, para emplear una expresión de la Escritura, eran "otros hombres" (cf. I S 10,6). Los discípulos, reunidos en el cenáculo, quedaron transformados en una fuerza nueva, de un género que la humanidad no había jamás conocido.

Es importante señalar que ese cambio o esa renovación, no ha sido individual sino colectiva. No se trató de una fuerza desconcertante, descendida inopinadamente sobre los discípulos, a fin de llenarlos de celo apostólico y do-

tarlos de lenguas nuevas o de coraje para la acción, como estaríamos tentados de pensar hoy. Se trataba, más bien, de una transformación radical operada en la naturaleza misma de los discípulos, en lo más profundo de sus existencias. Los carismas y las nuevas propiedades que aparecieron entonces en la vida y en el comportamiento de los discípulos, eran aspectos exteriores, de consecuencias secundarias, de lo que había acontecido en lo profundo de la naturaleza humana, representada por los discípulos y los apóstoles, congregados en la primitiva Iglesia, "la Iglesia de los apóstoles".

Para mejor comprender lo que había pasado en la naturaleza humana de la Iglesia primitiva, cuando la efusión del Espíritu Santo, examinaremos ante todo la forma de esa efusión con su contenido simbólico y, seguidamente, las consecuencias de la misma.

LA FORMA DE LA EFUSIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN EL DÍA DE PENTECOSTÉS

El Espíritu Santo se posa, en "lenguas que llamaríamos como de fuego", sobre cada uno de los discípulos, a fin de darles el poder de bautizar en agua y Espíritu. No lo hace, en forma de paloma, como en el Jordán. Nos encontramos entonces, según el simbolismo de la Escritura, ante una zarza ardiendo o, según la explicación patristica del símbolo, delante de una naturaleza divina unida a una naturaleza humana. La santa Tradición nos enseña a contemplar aquí la imagen profética del nacimiento de Cristo de la Virgen María.

La efusión del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, no manifiesta el don de una fuerza espiritual impersonal o de carismas y gracias distribuidas fortuitamente. Se trata de algo mucho más serio: del signo misterioso de una unión invisible entre una naturaleza divina y una naturaleza humana: el cuerpo místico de Cristo, que El nos había prescrito tomar y comer para unírnos a El y permanecer en El. A los discípulos les era imposible recibir la naturaleza divina sin Cristo. Sólo tenían acceso a ella por el medio único de la unión al Cuerpo de Cristo. El Cuerpo divino es, entonces, el camino único que nos conduce a Dios y por el cual Dios viene a nosotros: "teniendo, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por El para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne"... (Hb 10,19-20).

La encarnación divina llegó al término de su realización en el día de Pentecostés, cuando todos se integraron a Cristo, "la Plenitud del que lo llena todo en todos" (Ef 1,23). Es, pues, en ese Cuerpo divino en el que "reside la Plenitud de la Divinidad" en el que nos encontramos después de Pentecostés, alcanzando "la plenitud en El" (Col 2,9).

Cristó se ha unido a la Iglesia y la Iglesia ha recibido todo lo que a Cristo pertenece. En el cenáculo de Pentecostés se concluye lo que comenzó en Belén: Cristo nació en Belén para que la Iglesia nazca en el cenáculo.

CONSECUENCIAS DE LA EFUSION DEL ESPÍRITU SANTO. EN EL DÍA DE PENTECOSTES

Inmediatamente después de la efusión del Espíritu Santo, la Iglesia se puso asiduamente a administrar el bautismo ... ¿Con qué autoridad obró así? ¿Bautizaba por la autoridad del Espíritu Santo? Y si así era, qué sentido tiene esta palabra evangélica: "Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se posa en El, ese es el que bautiza con Espíritu Santo" (Jn 1,33)? Es imposible que el Espíritu Santo bautice en el Espíritu Santo. Cristo mismo es el que tiene la potestad de bautizar. El bautiza en el Espíritu Santo. ¿Será el bautismo otra cosa que una unión con el Señor por la participación real en su muerte y sepultura y resurrección? ¿Quién puede, entonces, conferir la potencia de la muerte, sepultura y resurrección, sino Aquel a quien esta potencia pertenece?

Por lo tanto, si la Iglesia bautiza, no lo hace por una fuerza impersonal descendida sobre los discípulos, ni por un carisma especial del Espíritu Santo; sino es Cristo en persona quien bautiza en el Espíritu Santo por potestad propia y de manera invisible. Y hasta hoy es siempre El quien bautiza. Es necesario que la Iglesia distinga entre el sacerdote que es el ministro, el servidor del sacramento, y Cristo que lo confiere personalmente, con autoridad propia por medio del Espíritu Santo.

Las consecuencias de la efusión del Espíritu Santo en el día de Pentecostés —entre las cuales está el poder de la Iglesia de bautizar y dar a los hombres una nueva naturaleza creada en Cristo— indican claramente que la Iglesia recibió ese día la persona misma de Cristo, el Cristo del Jordán, el Cristo bautista. Así se cumple el oráculo de san Juan Bautista pronunciado el día en que vio a Cristo: "Yo no lo conocía, pero El que me había mandado bautizar en el agua me había dicho: "Aquel sobre el que tú verás descender el Espíritu Santo y permanecer en El, es quien bautiza en el Espíritu Santo".

San Agustín insistió sobre esta idea: "Tal vez alguien se asombre de lo que dijo el Evangelista: "Jesús bautizaba a mayor número de personas que Juan", añadiendo "aunque no lo hacía por sí mismo sino por medio de sus discípulos". ¿Acaso se trata de una aseveración falsa corregida por la adición? ¿O es igualmente verdad que Jesús bautizaba y que no lo hacía? Bautizaba porque purificaba las almas y no lo hacía porque no derramaba agua sobre los cuerpos. Los discípulos dan el concurso de su ministerio corporal; El los ayuda con su poder. Porque ¿cómo puede dejar de bautizar, quien no cesa de purificar y del cual el Evangelista nos dice, repitiendo las palabras de Juan Bau-

tista: ¿“Es ése el que bautiza”? Por tanto, Jesús bautiza aún, y, en tanto haya hombres necesitados de bautismo, será El quien lo dará”⁵.

“El Señor que tenía el poder de bautizar, no lo entrega a ninguno de sus servidores sino que se lo reserva para sí solo, de suerte que todo hombre bautizado por el ministerio de un servidor no puede atribuir a éste la gracia de su bautismo sino, únicamente, al Maestro”⁶.

“El poder de conferir el bautismo de Cristo, no ha sido transmitido por el Salvador a ningún hombre, mientras que la misión de bautizar en su nombre, ha sido confiada por El a sus servidores. En otros términos, la propiedad del bautismo es de Cristo y la misión de darlo en su nombre ha pasado a sus servidores buenos y malos”⁷.

Por eso, las antiguas Iglesias coptas conservan, sobre el muro oriental del baptisterio, justo encima del caudal bautismal, un icono de Nuestro Señor saliendo de las aguas del Jordán, con el Espíritu Santo sobre El, en forma de Paloma. Así manifiestan su convicción de que es Cristo en persona quien bautiza según el oráculo transmitido por Juan: “Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre El, ése es el que bautiza con Espíritu Santo” (1,33).

He aquí el misterio de Pentecostés. Esto es lo que ese día se cumplió entre Cristo y su Iglesia: Cristo se unió a la Iglesia por su Cuerpo divino y la Iglesia recibió una naturaleza nueva creada en Cristo Jesús. La Iglesia recibió la persona de Jesús, unguido por el Espíritu Santo, Mesías del Jordán, servidor de Galilea, predicador de Nazareth.

Inmediatamente después de haber recibido a Cristo, la Iglesia comenzó a bautizar. Aunque no era ella quien bautizaba en el agua y en el Espíritu Santo, sino Cristo en persona, su jefe invisible. Después de la unción de Cristo en el Jordán por el Espíritu Santo con miras a la administración del bautismo, es siempre El quien bautiza hasta el presente y hasta el fin de los siglos.

“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, bautizando... y he aquí que Yo estoy con vosotros” (Mt 28,18-20).

En cuanto a la Iglesia, desde entonces ella le engendra hijos de su seno espiritual que es el bautismo “en el dolor”, es decir, exhortándolos por la palabra de salud “hasta ver a Cristo formado en vosotros”, hasta que su fe en Cristo sea completa.

5. *Tract. in Joh. XV,3.*

6. *Ibid. V,9.*

7. *Ibid. V,11.*

EL HOMBRE NUEVO DE PENTECOSTES

Es éste el objeto central de Pentecostés y en él se despliega la potencia de ese día. Tal es el coronamiento de la obra del Espíritu Santo, el fin perseguido por Cristo desde Belén hasta el Gólgota y la promesa del Padre de la que han hablado todos los profetas. El Hombre Nuevo, que revestimos el día del bautismo, nace por la operación de las tres personas divinas en nuestra naturaleza humana, para renovar en ella la creación de la imagen terrestre de Adán según la imagen divina de Cristo. En el bautismo nos despojamos del hombre viejo, según Adán, con sus leyes, y nos revestimos del nuevo según Cristo, con su justicia. "Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo" (2 Co 5,17).

La acción del Padre en el Hombre Nuevo

Para los que están atentos a las profecías, los acontecimientos del día de Pentecostés no parecen imprevistos. De muchas maneras había revelado Dios a sus profetas el advenimiento de un día nuevo, donde el corazón, el pensamiento y el espíritu del hombre serían renovados. Dios concedió a Joel, especialmente, el anunciar y describir Pentecostés. Por eso ha merecido, más que cualquier otro, el apelativo de: "profeta de Pentecostés". Joel anuncia el día en que Dios derramará su Espíritu sobre todo hombre. Esta profecía fue considerada, durante mucho tiempo, como "la promesa del Padre", porque por ella promete la efusión colectiva de su Espíritu sobre el hombre. Es lo que dijo el profeta: "Sucederá en los últimos días, dice Dios: derramaré mi Espíritu sobre toda carne" (Hch 2,16,17).

Antes de su ascensión, Cristo recuerda a sus discípulos esta promesa que, sin duda, ya les había explicado detalladamente llamándola "la promesa del Padre": "Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, que oísteis de Mí" (Hch 1,4; cf. Lc 24,49). En el momento de la efusión del Espíritu Santo, mientras que la muchedumbre estaba atónita por los acontecimientos que veía y escuchaba, Pedro, recordando las palabras de Cristo a propósito de esta profecía, se levanta y explica la Promesa del Padre anunciada por el profeta Joel: "Entonces Pedro, presentándose con los once, levantó su voz y les dijo: 'Judeos y habitantes todos de Jerusalén...es lo que dijo el profeta' (Hch 2,14-16). Y comenzó a explicar la Promesa del Padre, tal como se lo había oído a Cristo. Continuando su discurso les aseguró que el Espíritu Santo, que veían y oían, venía del Padre, enviado por Cristo según la Promesa del Padre: (Cristo) "exaltado por la diestra de Dios, ha recibido el Espíritu Santo *prometido* y ha derramado lo que vosotros veís y oís" (Hch 2,33).

Es éste el motivo por el cual consideramos que la creación nueva obrada en nosotros por Jesús, a su imagen, por medio del bautismo del Espíritu, se recibe esencialmente de la *promesa* del Padre. Más aún, esta nueva imagen recibida en el bautismo, imagen de Jesucristo "en la justicia y la santidad de la verdad" (Ef 4,24), es también *la obra del Padre*: la prolongación y el resplandor de la imagen del Padre invisible. En la segunda epístola a los Corintios, leemos que Cristo "es la imagen de Dios" (4,4) y en otro lugar de la misma epístola se nos dice cómo transformarnos por la acción del Espíritu Santo, en esta misma imagen gloriosa: "nosotros que, con el rostro descubierto, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu" (2 Co 3,18).

Puede ser que esto nos parezca demasiado para nuestra humilde imagen: no podemos admitir que pueda ser glorificada según la imagen de Cristo, o más bien, conforme al resplandor de la gloria de Dios Padre. Sin embargo, nuestra primera creación fue realizada de manera perfecta para ser imagen de Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen" —el plural ya hacía alusión a las tres personas divinas. ¡Qué gloriosa es esta imagen! A causa del pecado la perdimos.

Pero en el bautismo nos lavamos y purificamos de la suciedad del pecado. El Espíritu Santo nos santifica y nos renueva para que, con gloria y honor, llevemos nuevamente la imagen de nuestro Creador: "despojáos del hombre viejo con sus obras y revestíos del Hombre Nuevo que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador" (Col 3,9b-10).

Pero el Hombre Nuevo no se manifiesta plenamente en la vida presente. Aunque lo hayamos revestido realmente, permanece escondido para nosotros. Lo sentimos, y los demás lo sienten en nosotros, pero no lo vemos. Vivimos en él, pero escondidamente, hasta que se manifieste plenamente por el advenimiento del Señor: "Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es" (1 Jn 3,2).

Leemos en el relato de la Transfiguración: "Y he aquí que conversaban con El dos hombres que eran Moisés y Elías; los cuales *aparecían en gloria...*" (Lc 9,30-31). Cuando dejemos este cuerpo terrestre, entonces aparecerá la gloria interior. Ahora se nos esconde hasta el momento en que seamos totalmente despojados del hombre viejo. Se manifestará de manera definitiva el día del advenimiento del Señor, a fin de permanecer con El en la gloria. "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con El" (Col 3,3-4).

Nos gusta referir esta gloria a Aquel que es la fuente primera; el Hom-

bre Nuevo, pleno de gloria, es creado en nosotros por el Señor Jesús, en respuesta a la voluntad de Dios Padre: "el Hombre Nuevo creado según Dios" (Ef 4,24).

La gloria con que este Hombre Nuevo será revestido en el momento de la Parusía y del advenimiento del Señor Jesús es, precisamente, la misma gloria por la cual Jesús resucitó de entre los muertos; y esta gloria de la resurrección de Cristo es, justamente, la gloria del Padre: "a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (Rm 6,4b). ¡Resultado de verdad entusiasmante el descubrir la acción del Padre en la creación del Hombre Nuevo! Como lo hemos visto, esta importante operación, de alguna manera se resume en la restauración en nuestra naturaleza de la imagen de su gloria, según el fin que se propuso al crearnos, para prepararnos a la vida "con El, desbordantes de gloria".

La acción del Hijo en el Hombre Nuevo

1 — Los efectos de la muerte de Cristo en nuestra vida: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no hay esperanza de cosechar trigo nuevo. Si podemos estar orgullosos del Hombre Nuevo que recibimos en el bautismo por el Espíritu Santo, es gracias a la fuerza que se nos ha sido dada por la muerte del Señor y en virtud de la cual hemos podido despojarnos del hombre viejo. Esta fuerza necesaria para el despojamiento del hombre viejo, equivale, en su realidad teológica, a la fuerza necesaria para la creación del Hombre Nuevo. El Señor muere en la cruz para que vivamos y lleguemos a ser nuevas creaturas. Sabemos que "su muerte fue un morir al pecado" (Rm 6,10). La muerte del Señor nos ha dado la vida. "Estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó (Dios) juntamente con Cristo" (Ef 2,5). En el bautismo participamos en la muerte del Señor y ella constituye la participación en su vida.

2 — Después del bautismo Cristo combate junto a nosotros: La potencia de la muerte del Señor sigue dándonos poder sobre el pecado aún después del bautismo. Porque el bautismo no suprime el pecado, pero el Espíritu Santo nos da una fuerza contra el pecado que permanece en nosotros a lo largo de nuestra vida.

Antes del bautismo renunciamos al demonio y al pecado, y después continúa nuestro combate contra ellos. "Consideraos como muertos al pecado... No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedecáis a sus apetencias... el pecado no dominará ya sobre vosotros" (Rm-6,11. 12. 14). En el bautismo nos libramos del poder de Satán, por el hecho mismo de esco-

ger a Cristo por Dios. Renegamos públicamente del demonio para subrayar nuestra adhesión a Cristo, nuestro Dios. En el bautismo, Cristo expulsa de nosotros al diablo como lo expulsa de los posesos de Nazareth o en otros lugares de la Galilea. Este poder está siempre "en su mano" (*Jn 3,35*). En el bautismo, Cristo continúa su primera misión: sanar en la Iglesia toda enfermedad y dolencia y arrojar los espíritus impuros.

Después de haber recibido en el Jordán el bautismo y la efusión del Espíritu Santo, Cristo es llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Del mismo modo, nosotros recibimos a Cristo en el bautismo y el Espíritu atestigua que nos hemos convertido en hijos de Dios y luego nos lleva al desierto del mundo para sufrir la tentación del demonio.

Después del bautismo, no dejamos de desarrollar la potencia del mismo. Su fuerza es la "metanoia", la conversión. Por el bautismo recibimos la imagen de Cristo en nuestro Hombre Nuevo. Después del bautismo, desarrollamos los sentidos de esta nueva naturaleza; la ejercitamos en la justicia, la santidad y la verdad, como conviene al "Hombre Nuevo creado según Dios" (*Ef 4,24*). Cristo, con respecto al Hombre Nuevo, tiene el papel de prototipo que da nacimiento a la imagen; es la gloria de esta imagen, la naturaleza primera cuyos rasgos reproduce, la fuerza de la que recibe la propia existencia tanto en el presente como en el futuro. El Hombre Nuevo, creado en Cristo Jesús según Dios, en la justicia, la santidad y la verdad, estará, sin duda, en permanente lucha con el mundo, la carne y el demonio a partir del bautismo.

Después de la tentación en el desierto, "se alejó de El (Cristo) hasta un tiempo oportuno" (*Lc 4,13*). El diablo vuelve a Cristo para tentarlo en nosotros. Y El, en nosotros, continúa su combate con el adversario, lucha por nosotros, pero no lo puede hacer por nosotros sin nosotros. Nuestra victoria está asegurada si nos volvemos hacia El que combate por nosotros "fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe" (*Hb 12,2*).

Esta guerra permanente —"por tu causa somos muertos todo el día" (*Rm 8,36*)— está llena de consolaciones. Pablo la ha llamado "el buen combate" (*2 Tm 4,7*) y por la fe lo ha conducido a la victoria final. Veremos luego, a propósito de la santa unción, que el Hombre Nuevo está marcado con el sello de Cristo y porta su imagen. Le pertenecemos, como una oveja comprada para ser ofrecida en holocausto, como un esclavo adquirido para servir a su dueño o como un buen soldado que combate las lides de su Señor.

El sello que nos marca, no lleva impresa una imagen simbólica o una leyenda en letras muertas, sino una imagen viva, racional, dotada de movimiento, la imagen de la divinidad en la que "vivimos, nos movemos y existimos" (*Hch 17,28*). El sello de Cristo es una relación viva por la que recibimos todo lo que es suyo, según nuestra capacidad espiritual. Creemos en El hasta que lleguemos "al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud

de Cristo" (*Ef* 4,13) y hasta nuestra transformación en su imagen "cada vez más gloriosos; así es como actuó el Señor que es Espíritu" (*2 Co* 3,18).

Para mejor comprender la naturaleza de nuestra unión con Cristo, detengámonos por un momento a considerar las *preposiciones* por las que san Pablo expresa reiteradamente la relación misteriosa que nos une secretamente a Jesucristo y nos confiere nuestra nueva existencia crística: "Fuimos con El sepultados por el bautismo en la muerte... nos hemos hecho una misma cosa con El por una muerte semejante a la suya... nuestro hombre viejo fue crucificado con El, hemos muerto con Cristo, también viviremos con El. Consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús. Nos ha elegido en El antes de la creación del mundo para ser sus hijos adoptivos por Jesucristo, a los que ya antes esperábamos en Cristo. (Dios) Nos vivificó juntamente con Cristo y con El nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús" (*Rm* 6,4.5.6.8.11; 8,1; *Ef* 1,4.5.12; 2,5.6).

De todas estas expresiones teológicas y místicas, se desprende que nuestra relación *con* Cristo o *en* Cristo o *por* Cristo, es de un orden maravilloso al que el pensamiento humano no está habituado y que no puede ser aprehendido perfectamente por la inteligencia. Sólo podemos experimentarlo en lo profundo de nosotros mismos y en la oración, por obra del Espíritu Santo, reconociendo entonces la autenticidad y precisión de estas expresiones. San Pablo describía un estado interior que lo colmaba enteramente. Escuchemos y meditemos lo que el Apóstol dice como describiendo una visión: "No vivo yo sino que es Cristo quien vive en mí" (*Ga* 2,20). "Nosotros tenemos la mente de Cristo" (*1 Co* 2,16). "Que Cristo habite por la fe en nuestros corazones" (*Ef* 3,17)...para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios (*Ef* 3,19)...pues somos miembros de su cuerpo (*Ef* 5,30). "En efecto; todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo" (*Ga* 3,27).

¿Podemos comentar estos sentimientos divinos de otra manera que respondiendo: Amén? No solo san Pablo sino todos los Padres de la Iglesia vivieron estas verdades. Revistieron a Cristo y fueron transformados conforme a esta imagen.

San Gregorio Nacianceno decía que "el que no es asido por el Verbo, no puede sanarse. Sólo es salvo quien está unido a Dios"⁸.

San Gregorio de Nisa, en consonancia, dice: "El Verbo es Cristo y Señor. El cristiano bautizado no solamente nace de Dios sino que se reviste de Cristo, y no solamente en el plano moral, por la caridad, sino en toda verdad. La encarnación (*ensarkosis*) hizo posible nuestra incorporación a Cristo y nues-

8. Carta a Cleodnius, P.G. 37,181.

tra divinización (*theosis*)”⁹.

San Pablo vivía realmente en Cristo: Cristo era su vida. No se contentaba con decir que Cristo le había dado la vida, sino “para mí la vida es Cristo” (*Flp* 1,21) y en otra parte explícitamente dice: “Cuando aparezca Cristo, vida vuestra” (*Col* 3,4). Si Pablo vive así en Cristo, ¿acaso no participa ya de la vida eterna con Dios? “El don gratuito de Dios, (es) la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (*Rm* 6,23). Somos hijos “herederos de Dios y coherederos de Cristo” (*Rm* 8,17).

San Juan insiste igualmente sobre esta verdad. Explica perfectamente nuestra relación misteriosa con Cristo por el hecho de que Cristo es El mismo la vida, la Vida eterna: “Pues la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó... estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo” (*1 Jn* 1,2-3).

Para Pablo, los sentidos interiores del Hombre Nuevo, que deciden su comportamiento, no son solamente renovados por Cristo de una vez por todas, sino que es siempre por Cristo que obran o, más exactamente, Cristo mismo es quien obra por ellos. Son los sentidos de Cristo más que los nuestros; “Cristo Jesús, el cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención” (*1 Co* 1,30).

III — LA ACCION DEL ESPIRITU SANTO EN EL HOMBRE NUEVO

1 — EL ESPIRITU SANTO Y EL AGUA. EL NUEVO NACIMIENTO

Surge aquí la pregunta de Nicodemo: ¿“Cómo puede el hombre volver a nacer?”. Dejemos que responda san Juan Crisóstomo: “Como la naturaleza del fuego, cuando obra en el mineral bruto mezclado con la tierra obtiene inmediatamente el oro, así el bautismo, y aún con mayor eficacia, transforma en oro la arcilla que lava. Esta vez, igualmente, es el fuego del Espíritu el que, al descender en nuestras almas, quema la imagen del hombre terreno” (*1 Co* 15,49) y produce “la imagen celeste”, totalmente nueva y ardiente, como si

9. *Antirrh. adv. Apollin.* LIII; P.G. 45,1251. Citado en *Orthodox Spirituality*, Londres 1957, p. 58.

acabara de salir del mundo”¹⁰.

“Si alguno me pregunta: ¿Cómo puede el agua producir alguna cosa? Yo le reargüiré: “¿Cómo puede la tierra producir algo? ¿Cómo la generación ha podido ser tan múltiple y diversa, siendo que la materia empleada es de una sola especie? ¿De dónde se han formado los huesos, los nervios, las arterias y las venas? Del mismo modo, el Espíritu y el agua unidos operan todos los prodigios y milagros que sobrepasan la razón. Por tanto; no rehúses creer lo que no ves. No ves el alma y no obstante crees que ella existe distinta del cuerpo”¹¹.

Lo mismo dice con respecto al nuevo nacimiento: “No, hoy no tenemos necesidad alguna de madre, de parto, de sueño, de matrimonio ni de abrazo. La creación de nuestra naturaleza se opera en el cielo y se forma del agua y del Espíritu. El agua concibe y engendra el hijo. Lo que el seno de la madre es para el embrión, el agua lo es para el fiel. Se necesita tiempo para que se forme lo que es concebido en el seno de la madre y llegue a término, pero no ocurre lo mismo con aquello que el agua produce: todo se forma en un instante... “Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu” (Jn 3,6)¹².

a) El Espíritu crea y unifica el nuevo Templo de la humanidad.

Sabemos que todo nuevo ser recibe la forma de aquél que lo engendra. ¿De quién nacemos en el bautismo y qué forma recibe nuestro Hombre Nuevo?

El Espíritu es quien engendra nuestro Hombre Nuevo. Lo forma a partir del Cuerpo Místico de Cristo que llena el cielo y la tierra. Cristo entró al cenáculo “estando cerradas... las puertas del lugar” (Jn 20, 19) y, sin embargo, lo hizo con su cuerpo de “carne y huesos” (Lc 24,39). Les mostró su cuerpo y lo tocaron. Su carne y huesos eran tan visibles y tangibles como ellos mismos. Nuestro nacimiento se origina en esa misma carne y en esos mismos huesos “pues somos miembros de su cuerpo” (Ef 5,30). De su Cuerpo invisible, el Espíritu Santo crea nuestro templo nuevo y luego lo colma de su presencia: “sois santuario de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros” (1 Co 3,16).

El Espíritu Santo no edifica sin forma precisa nuestro templo nuevo: Lo conforma a la imagen del Hijo de Dios, no según los rasgos corporales sino según los rasgos del espíritu, en todo y especialmente en la dulzura, pureza y ver-

10. Co, Jo. Hom. X, PG 59,75-76.

11. Ibid. Hom. XXV. Hammann en “Le baptême d’après les Pères de l’Eglise, Paris 1962, p. 213.

12. Ibid. p. 220.

dad. Reviste el "Hombre Nuevo creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad" (Ef 4,24). El Espíritu Santo santifica constantemente nuestra nueva naturaleza para que lleve la imagen de Cristo. "Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo" (Rm 8,29).

Para san Agustín, nuestra nueva creación no es una simple copia, sino una verdadera prolongación de la persona de Cristo: "Felicitémonos y agradezcamos a Dios a causa de que no sólo hemos llegado a ser cristianos sino Cristo mismo. ¿Acaso, hermanos míos, comprendéis y apreciáis dignamente la gracia que Dios nos hace siendo nuestro jefe? Admiraos y alegraos: ¡nos hemos tornado Cristos!"¹³.

La acción esencial del Espíritu Santo en nuestro Hombre Nuevo es darnos todo lo que pertenece a Cristo para unirnos a El para siempre. Esta es la causa por la cual, después de engendrarnos en el bautismo y modelarnos según la naturaleza del Hijo de Dios, "se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios... y coherederos de Cristo" (Rm 8,16.17); porque a sus ojos no somos seres independientes de Cristo, sino entregados a El en la unidad. Ve a Cristo en nosotros y a nosotros en Cristo.

Para san Clemente de Alejandría, el Espíritu Santo es el principal agente de conservación de esta unidad integral en Cristo: "Pero Cristo entero, por decir así, no es compartido. No es ni bárbaro, ni judío, ni mujer. Es el Hombre Nuevo, el hombre transformado en Dios por el Espíritu Santo"¹⁴.

San Ireneo expresa esta unión por un tema teológico que retorna frecuentemente en sus escritos: "gracias al Espíritu Santo, Cristo pudo recapitular la humanidad en su cuerpo y en su Persona. Se convirtió en jefe, principio e hipóstasis de la naturaleza humana renovada, que es su cuerpo"¹⁵.

San Juan Crisóstomo se maravilla ante este poder divino y trascendente por el que Cristo ha reunido los extremos y unido en su cuerpo seres tan diferentes, gracias al Espíritu Santo: "¿Qué significa esto? Que de unos y otros, Cristo hace un solo cuerpo. De modo que el que reside en Roma mira a los Indios como a sus propios miembros. ¿Existe unión comparable a ésta? Cristo es la cabeza de todos"¹⁶.

Entre el primer y el segundo Adán —Cristo— encontramos un paralelismo evidente desde el punto de vista de la capacidad creadora y de su finali-

13. *Tract. in Joh XXI,8*; trad. RAULX, París 1872, p. 487.

14. *Prot rept.*, XI, 112,3; ed. MONDÉSÉRT (*S. Chr.* 2), París 1949, p. 180.

15. *Adv. Haer.* IV, 33.14-15.

16. *Co. Jo. Hom.* LXV; PG 59,361,362.

dad opuesta. El primer Adán es el hombre a partir del cual y por el cual la humanidad se divide, se multiplica y diversifica, en muchas especies, razas, lenguas y naciones. Todo esto como consêcuencia del pecado, por intermedio del demonio. Luego viene el segundo Adán, Cristo. Congrega nuevamente en su Humanidad a los hombres todos, los reconcilia en su Naturaleza y los reintegra en su Unidad. Esto, en virtud de su justicia y santidad, por intermedio del Espiritu Santo.

San Cirilo de Alejandría, el "pilar de la fe", presenta una opini3n que encuentra aqu3 su justo lugar, con el fin de impedir que se llegue a pensar que la recapitulaci3n de la humanidad entera en Cristo —de la que habla Ireneo— implica, en alguna medida, la p3rdida o disoluci3n de nuestra personalidad al unirse a la Persona de Cristo. Para Cirilo, la Iglesia, nuevo cuerpo de la humanidad, conservando una naturaleza en Cristo, comprende muchas hip3stasis humanas; "Divididos en personalidades bien netas, porque uno es Pedro, o Juan o Tom3s o Mateo, somos como fundidos en un solo cuerpo en Cristo y nos nutrimos de una sola carne"¹⁷.

b) El Espiritu Santo labra nuestra personalidad nueva

Cuando el Espiritu Santo habita en nosotros, como en nuevos templos de Dios, n3s colma de dones y facultades nuevas. Son estos dones los que orientan nuestra personalidad y le imprimen un car3cter particular. No hay un don parecido a otro; porque, aunque el Espiritu es el mismo, los dones son m3ltiples y variados. "Porque a uno se le da, por el Espiritu, palabra de sabidur3a; a otro, palabra de ciencia, seg3n el mismo Espiritu; a otro, fe, en el mismo Espiritu, a otro, carisma de curaciones, en el 3nico Espiritu; a otros, poder de milagros; a otro profec3a; a otro, discernimiento de esp3ritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y 3nico Espiritu, distribuy3ndolas a cada uno en particular seg3n su voluntad" (1 Co 12,8-11). No obstante esta gran diversidad, las personalidades dotadas por el Espiritu Santo, obran todas bajo la direcci3n del solo y mismo Espiritu, por la gloria de Cristo.

As3 por un lado vemos que el Espiritu une a la humanidad entera en un solo y mismo Cuerpo, suprimiendo las diferencias de razas y destruyendo las barreras que la separ3n. La humanidad aparece como modelada de nuevo, de manera igual y homog3nea, en la Unidad del Cuerpo m3stico de Cristo. Por otro lado vemos que el Espiritu opera la creaci3n de personalidades diferentes: da a uno lo que no da a otro; y reparte las cargas seg3n los dones recibidos. Lo hace con sabidur3a y discreci3n, para que esta diversidad contribuya

17. Co. Ja. XI,11; PG 74,560.

también ella a la unidad de acción y de edificación cuyo fin es el mismo: la plenitud de ese Cuerpo único y místico que se llama la Iglesia:

2 - EL ESPÍRITU SANTO Y EL SANTO CRISMA

a) *La unción del Espíritu Santo*

Sabemos que el nuevo nacimiento del hombre se realiza por la administración del sacramento del bautismo seguido de la confirmación. Según la liturgia de nuestra Iglesia ortodoxa copta, la confirmación debe ser conferida al bautizado, inmediatamente después de la salida del agua. El Espíritu Santo juega un rol primordial en los dos sacramentos. En el primero, engendra al Hombre Nuevo; en el segundo, se derrama en el bautizado para colmarlo de su presencia. Por el primero, el bautizado participa en el Cuerpo místico de Cristo; por el segundo, el confirmado tiene parte en la unción de Cristo en el Jordán. El Espíritu Santo es el Autor de esta comunión; en el primer sacramento, por la purificación, y en el segundo, por la santificación y dispensación de los dones espirituales necesarios al crecimiento.

En la liturgia de la confirmación, la unción del santo crisma es una fiel reproducción de la unción de Cristo, por el Espíritu Santo, a la salida de las aguas del Jordán. Esta similitud litúrgica expresa una realidad: por la unción del santo óleo, el Espíritu Santo nos hace partícipes de la unción de Cristo, o mejor, hace vivir y obrar en nosotros a Cristo, por El ungido.

Así lo expresa, de manera sublime, san Cirilo de Jerusalén: "Os habéis transformado en Cristo al recibir el sello del Espíritu Santo y todo se ha cumplido en vosotros en imagen, porque lo sois de Cristo. Después que El se bañó en las aguas y comunicó al río el contacto de su divinidad, salió de las aguas y la unidad sustancial del Espíritu Santo se produjo sobre El. Fue el reposo del semejante en el semejante. Parecidamente, vosotros, al salir de la piscina de las santas aguas, recibisteis la crismación, la imagen exacta de la crismación de Cristo; el Espíritu Santo, (...) No vayáis a suponer que se trata de un simple perfume. Porque como el pan de la Eucaristía, después de la epiclesis del Espíritu Santo ya no es simple pan sino Cuerpo de Cristo, así, este santo perfume, con la epiclesis, deja de ser un puro, simple y común perfume, sino que es el don de Cristo, la eficaz presencia divina del Espíritu Santo. Se te crisma simbólicamente la frente y los sentidos con este perfume. El perfume visible unge el cuerpo pero el alma queda santificada por el santo y vivificante Espíritu"¹⁸.

18. *Cat XXI* (mistagógica III) 1 y 3; ed. A. PIEGAGNEL (*S Chr.* 126). París 1966, pp. 121-125.

En el bautismo de Cristo, el Espíritu Santo aparece en forma de paloma. En el simbolismo de la Escritura, ella representó el anuncio de la vida nueva: tal es el mensaje de la paloma del arca, en el tiempo del diluvio, cuando aparece con la rama de olivo después de la inundación, manifiesta la aparición de la vida nueva sobre la tierra.

La paloma que desciende sobre Cristo, indica el fin de la época de muerte —diluvio espiritual— y la inauguración de una vida nueva por el Espíritu. Así lo dice san Efrén, el sirio: “El arca de Noé simboliza el signo de su protector (...) que debía construirnos la Iglesia en medio de las aguas y, en nombre de la Trinidad, salvar sus habitantes. El Espíritu Santo debía, en lugar de la paloma, realizar la unción, símbolo de la salud”¹⁹.

El crisma usado por la Iglesia es aceite de olivo (...). Del ramo de olivo traído por la paloma del arca como anuncio de la vida nueva sobre la tierra, la Iglesia extrae el óleo de la unción y lo pone a disposición de la Paloma invisible —el Espíritu Santo— a fin de que ella confiera, por medio de este aceite, la Vida nueva según el Espíritu. Tanto por la común etimología como por la realidad significada, la palabra “crismación” evoca a Cristo, el Ungido.

El Padre ha crismado a su Hijo por el Espíritu Santo, después del bautismo. Lo mismo obra el Espíritu Santo en el sacramento de la crismación haciéndonos partícipes de la unción de Cristo, como dice san Cipriano: “Es necesario que el que ha sido bautizado sea ungido, a fin de que, recibiendo el crisma, es decir la unción, pueda ser el (Cristo) ungido de Dios y tener en sí la gracia de Cristo”²⁰.

Según la promesa del Padre, el Hijo envió al Espíritu Santo. El Padre nos ungió por el Espíritu, a fin de que lleguemos a ser miembros del Cuerpo de su Hijo. El sacramento de la unción nos enraiza en la Trinidad. Es el sacramento de la consolidación (= confirmación): “Es Dios el que nos conforta, juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu, en nuestros corazones” (2 Co 1,21.22).

b) El sello del Espíritu Santo

La circuncisión espiritual o el Guilgal del Nuevo Testamento

San Pablo es el primero que compara la acción del Espíritu Santo en el hombre, a la impronta de un sello. El tema del *sello* está ligado, originariamente

19. *Hymnen de Fide*, 49,4; ed. y trad. E. Beck (CSCO 154 y 155) Lovaina 1955, p. 155 (texto), p. 132 (trad. alemana).

20. *Carta LXX*, II,2; ed. BAYARD, t. II, París 1925, p. 254.

te, al de la *circuncisión* practicada por Abraham en la carne de su prepucio, según la orden del Señor, en signo o en perpetuo testimonio de su fe en Dios: "Y recibió la señal de la circuncisión, como sello de la justicia de la fe..." (Rm 4,11).

Abraham recibió el sello de su fe en su carne por la circuncisión del órgano genital, que es el órgano de la vida corporal. Era el símbolo del sello de la fe que será aplicado por la circuncisión del *corazón*, de donde "brotan las fuentes de la vida" espiritual (Pr 4,23). "Pues, no está en el exterior el ser judío, ni es circuncisión la externa, la de la carne. El verdadero judío lo es en el interior, y la verdadera circuncisión, la del corazón, según el espíritu y no según la letra"... (Rm 2,28,29). Abraham creyó en Dios que da la vida a los muertos, y esto le fue reputado como justicia: "Y la Escritura no dice solamente por él: *que le fue reputado*, sino también por nosotros, a quienes ha de ser imputada la fe, a nosotros que creemos en Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor Nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación" (Rm 4,23-25). Creemos que Cristo ha muerto y resucitado. Nos hacemos bautizar para practicar esta fe. Y con Él participamos en la muerte y resurrección.

Nuestro bautismo es, entonces, el *testimonio* de nuestra fe. Por eso, la unción del santo crisma que lo sigue, tendrá que ser un *sello* místico aplicado por el Espíritu Santo; una circuncisión espiritual del corazón; un signo eterno e invisible de que "hemos recibido la justificación de la fe". Este sello, lo recibimos en este mundo como arras de nuestra herencia en la vida eterna. "El nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu, en nuestros corazones" (1 Co 1,22). Este mismo sello permanece hasta el último día. "No contristéis al Espíritu Santo de Dios con el que fuisteis sellados para el día de la redención" (Ef 4,30). Será el sello distintivo de los hijos de Dios, que los protegerá de los últimos flágelos sobre la tierra: "Se les dijo que no causarían daño a la hierba de la tierra, ni a nada verde, ni a ningún árbol, sólo a los hombres que no llevarán en la frente el sello de Dios" (Ap 9,4).

La imagen del sello

Dijo san Cipriano de Jerusalén: "No tengáis delante de los ojos más que al Espíritu Santo de quien acabamos de hablar. Porque El está ahí dispuesto a marcar vuestra alma con el celeste y divino sello"²¹. De qué sello se trata? En griego, la palabra $\alpha\phi\rho\alpha\gamma\epsilon\varsigma$, que traducimos por sello, significa, en la terminología ritual, una marca especial hecha sobre la frente, sea de los *animales* puros preparados para el sacrificio divino, sea a *servidores* particulares, o a *soldados* de la compañía de un personaje. Ahora podemos comprender el

21. Cat. XVII, 35. Trad. FAIVRE. *Oeuvres complètes de saint Cyrille, patriarche de Jérusalem*, Lyon 1844, t. II, p. 249.

sentido de estas expresiones: "... tratados como ovejas destinadas al matadero" (Rm 8,36). "Pablo, siervo de Cristo Jesús" (Rm 1,1). "Soporta las fatigas conmigo, como un buen soldado de Cristo Jesús" (2 Tm 2,3).

Por tanto, el sello con que el Espíritu Santo nos marca en la confirmación lleva, necesariamente, el nombre y la imagen de Cristo, señor y dueño de nuestras almas. Desde entonces ya no somos más libres con respecto a nosotros mismos, sino del servicio de Aquel que nos rescató con su sangre: "... No os pertenecéis. ¡Habéis sido bien comprados!" (1 Co 6,19.20). ¿Y cuál es esa imagen de Cristo con la que se nos marcó, sino El mismo, crucificado y sufriente, encadenado y humillado, juzgado ante Pilatos y Herodes? Cuando en el rito de la unción, el Espíritu Santo nos marca con la imagen de Cristo, debemos transformarnos en servidores humildes que Cristo conduce en su cortejo triunfal, o en soldados que sostienen hasta el fin el buen combate o en pobre oveja reservada para el día de la Cruz.

La potencia del sello

El sello no es una mera imagen, sino un acto espiritual que impregna todo el Hombre Nuevo hasta las profundidades de su ser, "hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas" (Hb 4,12). Es una operación espiritual que santifica los miembros por la naturaleza inflamada del Espíritu Santo. En El se consumen todas las escorias del pensamiento humano y todas las obras muertas... "purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo" (Hb 9,14).

Cuando, en la liturgia de la confirmación, el sacerdote aplica a los miembros visibles la unción del santo crisma —llegan a treinta y seis—, marca los miembros interiores del Hombre Nuevo, santifica todos los sentidos... a fin de que, del hombre entero se pueda decir que "en Cristo es una nueva creación" (2 Co 5,17).

Encontramos estas palabras reconfortantes en san Cirilo de Jerusalén: "Guardad sin mancha ese don... porque él es la salvación espiritual del cuerpo y la salud del alma"²².

La circuncisión de los miembros

El sacerdote comienza por ungir la cabeza. Me sorprende la perspicacia de la Iglesia: la cabeza del hombre es la sede de la razón, allí se unen los centros vitales del pensamiento, del discernimiento y de todos los sentidos. La cabeza, ciudadela de la razón, es el primer sitio que asaltó el demonio, el pri-

22. *Cat XXI* (mist. III), 7; ed. PIEDAGNEL, cit. p. 131.

mer miembro en el que se introdujo el pecado, cuando Adán come del árbol del conocimiento del bien y del mal. La razón humana era una fortaleza divina plena de luz, la sede del conocimiento integral de la verdad divina sin división ni confusión. Pero, porque el hombre codicia el conocimiento independiente y desea ser como Dios, conocedor de toda cosa por sí mismo, por su propia capacidad y se erige como centro de la percepción de la verdad, pierde inmediatamente la ciencia infusa. Desde entonces debe adquirir el conocimiento al precio de su propia experiencia. ¿Acaso no es esta la fuente de todas las faltas? ¿Acaso el pecado, en el comienzo, fue otra cosa que un conocimiento deficiente?

Desde Adán hasta nosotros, la razón es el primer miembro en el que se introduce el demonio y en el que comete toda clase de pecados, de transgresiones e impurezas. Observa como el pecado se desliza en tí. Por qué lugar comienza su acción. Por la razón. Desde el momento que ocupa esta plaza fuerte, domina todo el cuerpo, reduce a esclavitud todos los miembros y entran en su servidumbre tu voluntad y todas tus fuerzas y facultades. He aquí por qué, cuando el Espíritu Santo santifica al hombre, también El comienza por la razón. Allí opera una circuncisión espiritual y pone el sello de Dios a fin de guardar sus puertas de la vergonzosa sumisión del demonio y sus supercherías y permitirle combatir por la palabra de Cristo y vencer por la espada del Espíritu.

Porque si el pecado reinó otrora en el cuerpo, y reduciendo a esclavitud los miembros los hizo "armas de injusticia al servicio del pecado" y transformó al hombre entero en "esclavo de impureza", cuando el Espíritu Santo reina en la razón y santifica al hombre, lo hace servidor de la justicia y a sus miembros armas de "justicia para la santidad" (Rm 6,13.18.19).

Si cuando el espíritu ardió de malos deseos, todos los miembros se inflamaron, cuando se consume de amor por Dios y por la santidad, los miembros se encienden como por un fuego divino, y el hombre desea por momentos llegar a ser un holocausto viviente. La razón del hombre, fortaleza divina destruida por el demonio a causa de la concupiscencia y la impureza, es nuevamente guardada por el Espíritu Santo y por El reparada, renovada, sellada y custodiada por un guardián, ya no débil como la ley y los preceptos de Moisés, sino fuerte y poderoso: la Verdad.

La Verdad es centinela de la razón. Es el don del Espíritu Santo a la razón humana. Cuando el pecado reina sobre la razón la vuelve esclava del pecado. La Verdad la libera de su poder: "Conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres" (Jn 8,32).

El sacerdote prosigue ungiendo los miembros, pasa al rostro del nuevo bautizado y marca con una cruz sus sentidos: la nariz y la boca, luego la oreja derecha con el ojo derecho y finalmente el ojo izquierdo con la oreja izquierda. Cuando retira la mano, ha terminado de formar con sus unciones una cruz

sobre el rostro entero. Finalmente unge los otros miembros del cuerpo. En total, treinta y seis unciones. No deja ningún miembro, ninguna articulación, ni parte alguna del cuerpo sin marcarlos con el sello del Espíritu. Así circuncida los miembros, como si los despojara de su carne impura. "En él también fuisteis circuncidados con la circuncisión no quirúrgica, sino mediante el despojo de vuestro cuerpo mortal, por la circuncisión en Cristo" (Col 2,11). El sacerdote los conforma a la imagen de Cristo señalándolos con el sello del Espíritu, como testimonio de su circuncisión. Después de esto, todos los miembros pertenecen a Cristo o, como dice san Pablo, ahora sois los mismos miembros de Cristo. Por eso gemía de indignación ante la caída del hombre que utilizó sus miembros para la impureza: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y, ¿había de tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta? ¡De ningún modo!" (1.Co 6.15).

La guarda del sello

¿Se manchará alguna vez el sello del Espíritu Santo, recibido en la confirmación? San Atanasio da a entender que la mancha del pensamiento y de los miembros, después del bautismo; es algo inevitable: "El *nóus* es el espejo del Logós. ¡Qué fácil es que ese espejo sea empañado!"²³.

Pero, una vez más, su renovación y purificación son asumidas por el Espíritu Santo en el sacramento de la penitencia y confesión. San Atanasio dice: "Como el bautizado es iluminado por la gracia del Espíritu Santo, igualmente, por intermedio del sacerdote, el penitente recibe la remisión por la gracia de Cristo". Y también san Agustín: "El pecado cometido por un catecúmeno es lavado por el bautismo; el que comete un bautizado es remitido por la penitencia".

De este modo, la penitencia conserva la gracia del bautismo, guarda los sellos de la confirmación, protege los derechos del bautizado y garantiza la realización de la promesa de la herencia.

El pueblo marcado con el sello: el nuevo Guilgal

Después que Josué atraviesa el Jordán con los hijos de Israel, reciben la orden divina en los límites de Guilgal cerca de la costa occidental del Jordán, hasta que todos hayan sido circuncidados: "El pueblo salió del Jordán el día diez del mes primero y acamparon en Guilgal al Oriente de Jericó (..) En aquel tiempo dijo Yahveh a Josué: Hazte cuchillos de pedernal y vuelve a circuncidar a los israelitas" (Jos 4.19; 5,2). Así, después que los hijos de Israel fueron bautizados en el Jordán, se circuncidaron para entrar en Canaan,

23. Citado en *Orthodox Spirituality*, supra cit. p. 51.

tierra de Palestina, Tierra Prometida. Todo hombre que entonces se encontrara incircunciso no podría contarse como perteneciente al pueblo, ni tener parte en la tierra de Canaán.

¡Qué hermoso es el signo y qué potente la alegoría! La tierra de Canaán, tierra del reposo carnal, es el símbolo de la Canaán celeste, lugar del reposo sublime. Como siempre, el Jordán significa el bautismo. Atravesarlo: pasar por la muerte. El Señor pasó una vez en el arca de la alianza y luego con su cuerpo en el sepulcro. El pueblo de Israel, que otrora pasó el Jordán con su Señor, es el símbolo de los primeros rescatados que pasaron por la muerte con el Señor a través de las aguas bautismales. La circuncisión del prepucio en Guilgal, inmediatamente después de cruzar el Jordán, es figura de la circuncisión espiritual del corazón, que permite al que la lleva entrar en el reposo eterno y poseer la herencia con Cristo en la gloria.

“Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel (...) después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua” (Ap 7,4.9). “Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente” (Ap 22,4).

¡Cada vez que celebremos Pentecostés, acordémonos de estas cosas!

*Monasterio de San Macario
Desierto de Escete*

MATTA-EL-MESKIN

*
* *

Matta-el-Meskin: (Mateo el pobre). Es el Padre espiritual del monasterio de san Macario, en el desierto de Escete. La presente nota biográfica la extraemos de un artículo del P. Irenée Dalmais, o.p., *Chrétien en Egypte* aparecido en el n° 324, 15 Nov. 1968, en la revista *Informations Catholiques Internationales*, pp. 26-32.

El Padre Dalmais habla de la renovación llena de promesas que vive la Iglesia copto-ortodoxa en Egipto animada por una catequesis activa de pedagogía excelente, y añade: “Todo ese trabajo de catequesis y de sostén espiritual es alimentado, junto con la predicación, por la publicación de fascículos y periódicos de bajo costo. En primer lugar debemos colocar a “Morcos” (Marcos) y las otras publicaciones editadas por “Beit el-Takris” (Casa de consagración).

Este Hogar, establecido en Hélouan, centro principal de la siderurgia egipcia, es un suburbio al sur de El Cairo. Reúne a una docena de laicos que llevan vida común a la manera de una fraternidad religiosa. Es un monje de Deir Suriañi, antiguo farmacéutico y

responsable de las escuelas catequéticas de los domingos, quien la fundó en 1959. En efecto, Matta el-Meskin, estimando que la reforma de Deir Suriani era insuficiente, abandonó su monasterio en 1956, obsesionado por el "servicio del Evangelio". Se ocupó entonces de formar laicos que, permaneciendo en el mundo, viven según los consejos evangélicos en el celibato, la puesta en común de los medios de subsistencia y la oración. Algunos se consagran enteramente al servicio de la juventud y otros trabajan a tiempo completo para asegurar la subsistencia de la comunidad. Esta es una experiencia nueva en el cristianismo copio.

En cuanto a Matta-el-Meskin, ha retornado al desierto y, con algunos compañeros, lleva vida contemplativa en las grutas del Wadi Rayyan, en los confines del Fayoum. Desde allí, sostiene en la fe a los hermanos que "sirven" en el seno de la comunidad cristiana y musulmana de Egipto.

Uno de los visitantes y amigos describe así la existencia de los anacoretas del Wadi Rayyan: "Hay en la actualidad doce monjes y Matta el-Meskin es el Padre espiritual de la comunidad. Todos los monjes son antiguos universitarios, profesores de la universidad o del secundario, ingenieros o arquitectos. Lo han dejado todo por vivir en grutas, en pleno desierto. Cada gruta dista de la otra unos diez minutos de marcha. El desierto es árido y sólo produce algunas palmeras y hierbas. La tierra arenosa es estéril en razón de la salinidad de las aguas que brotan de algunas fuentes. Los monjes cultivan algunas legumbres. Cada uno vive en su gruta en soledad completa, ocupando su tiempo en lecturas espirituales, meditación y recitación de las "horas" del oficio, de la oración continua. Cada sábado por la tarde se reúnen en la Iglesia, excavada en la montaña, para la ofrenda del incienso de la tarde, la alabanza nocturna, la ofrenda matutina del incienso y la Eucaristía.

Los monjes reciben su subsistencia de la comunidad laica de Beit el-Takris".

Las conferencias que publicamos las debemos a la diligencia y traducción de la Hna. Marta María Tamburini, Bethlehem, Israel, a quien mucho se las agradecemos (N. del D.).